

JOHANN JAKOB BACHOFEN



el **MATRIARCADO**

XIX · LA REINA MADRE

OTRAS LITERATURAS

EL MATRIARCADO

Johann Jakob Bachofen

LA REINA MADRE

XIX

Traducción del alemán de la editorial

Otras Literaturas

§ 88

La reina que quiere ser madre

Para el punto de vista ginecocrático son particularmente significativas las palabras en que Candace expresa su admiración por la sabiduría del rey: «Utinam, Alexander mi, te quoque velles ad numerum mihi addere filiorum! Quis enim dubitet, tunc demum fore Candacen orbis universi reginam, si talis quoque mater filii putaretur?» —*¡Ojalá, Alejandro mío, quisieras también vos añadirme al número de mis hijos! Porque ¿quién dudaría de que Candace sería entonces reina del orbe entero, si también se la tuviera por madre de tal hijo?—.*

Si Candace desea acá ser la madre de Alejandro, expone exactamente el mismo pensamiento que la palabra **Candace** misma enuncia. «[†]» —y a la madre llaman *Kandáke*—. También frente a Alejandro desea ser Candace, la madre real. No llamarse su hija ni su esposa es su callado anhelo. Sólo con la maternidad se une el poder. Como madre de Alejandro se vería transferido a sí el dominio del orbe que aquél ha adquirido. En las palabras transmitidas destaca **Julio Valerio** expresamente esa significación de la maternidad. **Lo que el hijo gana con su brazo, está ganado para la madre como portadora suprema del poder.** Así vemos en las imágenes a **Hermes** poner en el regazo de la madre **Fortuna** la bolsa llena de dinero. Del mismo modo espera **Cleopatra**, como verdadera **Isis**, reinar a la vez sobre su esposo y, desde el **Capitolio romano**, sobre el orbe: **no ya como partícipe del poder de Antonio, sino con la dignidad superior de una Candace**, quiere aparecer ante el mundo y mandar. Vemos con eso qué significación habría tenido para la humanidad la victoria de Antonio: el principio materno isíaco habría llegado al

dominio, y el deseo de Candace —frustrado por Alejandro— se habría cumplido entonces. Por César se salvó el principio apolíneo del derecho paterno, y su hijo adoptivo Augusto, revestido de la naturaleza de Apolo, fue elevado a punto de partida de una nueva edad del mundo, la de la luz.

§ 89

Ada de Caria

La exposición del Pseudo-Calístenes tiene justamente en el punto que acaba de discutirse el apoyo de un acontecimiento histórico que hace aparecer la significación materna bajo la misma luz. El *Itinerarium Alexandri ad Constantinum Augustum*, publicado completo por primera vez por Mai —cuyo comienzo ya había comunicado Muratori en los *Antt. Ital.* 3, 957 s., sobre el cual se extendió luego Letronne en el *Journal des savants*, 1818, p. 402 s., y que desde 1846 corre en una nueva edición como apéndice al Pseudo-Calístenes de C. Müller—, contiene el siguiente dato: «**Fuit tamen Alexandre etiam Halicarnassi anceps bellum, quam obsidione vix cepit et diruit: propitius hinc post reginae, cui mox reddidit regnum eius urbis, ab eaque se filium dici dignantissime pactus est.**» —Hubo también para Alejandro, en Halicarnaso, una guerra dudosa, que a duras penas tomó y destruyó por asedio; aplacado después con la reina, a la que devolvió el reino de aquella ciudad, pactó con ella, con la mayor dignidad, que lo llamara hijo—. El autor desconocido se jacta en c. 2 de su empeño por **fuentes históricamente fiables**, y su relato sobre Halicarnaso queda **plenamente justificado**: el sitio de esa ciudad caria, que Plutarco (*De fort. Alex.*) compara con el de Tiro, es mencionado a menudo

por los antiguos.

La conducta de la reina **Ada** conservaba el recuerdo de todo eso. **Arriano**, *Exp. Al.* 1, 23: «La satrapía sobre toda Caria se la confió Alejandro a **Ada**, hija de **Hecatomno** y esposa de su hermano **Hidrieo**, con quien se había casado **según la costumbre caria**. Este Hidrieo le dejó al morir el gobierno, **porque desde Semíramis era uso en Asia que también las mujeres mandaran sobre los varones**. Pero **Pixodaro** la había expulsado del gobierno y se había arrogado él mismo la soberanía. Muerto Pixodaro, **Orontobates**, yerno suyo, había sido enviado por el rey —de los persas— al gobierno de Caria, y era ahora regente. Ada conservaba sólo **Alinda**, uno de los lugares más firmes de Caria; y al irrumpir Alejandro en Caria **le había salido al encuentro, le había entregado Alinda y lo había recibido por hijo ([†])**; y él la dejó en posesión de Alinda, **no rechazó el nombre de hijo ([†])**, y cuando hubo destruido Halicarnaso y se hubo apoderado también del resto de Caria, **le dio el dominio sobre todo el país.**»

Diodoro 17, 24: «Cuando Alejandro recorría Caria, le salió al encuentro una mujer, de nombre **Ada**, perteneciente por su linaje a la casa real caria. Le habló **del derecho al trono de sus antepasados ([†])** y le pidió que la auxiliara. El rey la llamó entonces al gobierno de Caria, y con la ayuda prestada a esa mujer se ganó el afecto de todo el pueblo; pues al instante todas las ciudades le enviaron embajadores, etc.» Cf. 16, 69 y 74.

Estrabón 14, 656: «**Hecatomno**, rey de los carios, tuvo tres hijos —**Mausolo**, **Hidrieo**, **Pixodaro**— y dos hijas, de las cuales la mayor, **Artemisia**, fue mujer del mayor de los hermanos, Mausolo, y la menor, **Ada**, del segundo, Hidrieo. Mausolo, que ejercía el mando, murió sin hijos, y dejó el gobierno a **su mujer**, que le erigió

el sepulcro antes descrito. Muerta ella —a consecuencia del dolor violento por la pérdida del esposo—, llegó al trono **Hidrieo**, y cuando sucumbió a una enfermedad, **su mujer Ada**. A ésta la expulsó **Pixodaro**, el último hijo de Hecatomno, que llamó al sátrapas a participar del mando. Y murió también Pixodaro, y así el persas tuvo el gobierno él solo. Fue él quien, con **su mujer Ada**, hija de Pixodaro y de la capadocia **Afneis**, defendió la ciudad de Halicarnaso contra Alejandro que la sitaba. **Ada**, la hija de Hecatomno, a la que Pixodaro había expulsado, se dirigió entonces a Alejandro pidiéndole que **la restableciera en el mando que se le había arrebatado**; prometió a la vez toda la ayuda posible, asegurando que **todo el pueblo estaba de su parte**, y le entregó **Alinda**, donde ella misma vivía. Alejandro alabó la acción y **nombró reina a Ada**. La ciudad estaba tomada, pero todavía resistía la doble ciudadela. Reducirla se le dejó a Ada. La conquista se produjo poco después, pues el combate se siguió con encarnizamiento y la cólera extrema.»

Se añade además el relato de **Plutarco** (*Non posse suaviter vivi sec. Epicurum y Regum et imperatorum apophthegmata*, 8, 101 Hutt.): **la reina le mandó a Alejandro cocineros y golosinas**, y los recibió de vuelta con la observación de que **él tenía cocineros mucho mejores: para el almuerzo, la marcha nocturna; para la cena, la comida escasa del mediodía**. Y el propio autor advierte: «*Equidem plura transcribo quam credo: nam neque affirmare sustineo, de quibus dubito, neque subducere, quae accepi*» (Curcio 9, 6); «[†]» (Arr. 7, 27).

Esas exposiciones, que concuerdan en todos sus pormenores, dan una imagen muy precisa de los principios de la sucesión hereditaria en la casa real caria. Concuerdan exactamente con

los egipcios, tal como los expusimos más arriba. **El poder supremo reside en la mujer.** Aunque también el esposo-hermano lleve el cetro, a su muerte es la hermana misma la que aparece reinando. De ella se hereda a la hija el derecho al trono, derecho que ésta ejerce a través de su esposo —de ordinario, y primero, a través de su hermano carnal; y si no hay tal, a través de un hombre ajeno, al que se considera entonces esposo-hermano—. También el usurpador Pixodoro se acomodó a este principio, al procurar legitimar al sátrap persa casándolo con su hija Ada. La hija de Hecatomno presentó su pretensión como derecho cario antiguo, y Alejandro, al subordinarse a él, ganó la inclinación de todo el pueblo. El macedonio apareció entonces no sólo como enemigo del odiado dominio persa, sino a la vez como restaurador del antiguo estado de derecho indígena (Plut., *Mul. virt.*; *Melia*; Herod. 1, 92 —Creso, de madre caria—).

Con eso se enlaza en la más estrecha relación el vínculo materno de Ada con Alejandro. El derecho superior de la mujer está en su condición de madre, por la cual ocupa el lugar de la madre primera Tierra. También como esposa, también como hija, es madre por dignidad y por calidad jurídica, y como tal fuente y portadora suprema del poder, que ella misma vuelve a ejercer cuando el varón falta. El nombre de Artemisia desempeña en la historia de Caria un papel sobresaliente. Conocida es la reina igualmente señalada por el valor, la decisión y la gran inteligencia, que acompañó voluntariamente a Jerjes en su expedición de venganza contra Atenas, disuadió de la batalla naval de Salamina, escapó a la persecución de Aminias y puso a salvo a los hijos del rey en Éfeso (Herod. 7, 99; 8, 68, 87, 88, 93, 101-103; Polieno 8, 53; Harpocración, voz *Artemisia*; Suidas; Plut.,

De malign. Herod. 38). También esta Artemisia ejerció el mando a la muerte de su marido y durante la minoridad de su hijo. Por el padre procedía de **Halicarnaso**; por la madre, de **Creta**. Vemos acá el derecho materno cario otra vez enlazado con el cretense, como que los carios mismos tuvieron antiguamente a Creta (Tucídides 1, 8; Diod. 5, 60 y 84; Herod. 1, 171; Mela 1, 16).

Los atenienses pusieron precio de diez mil dracmas a su cabeza: «[†]» —por haber llevado a cabo una empresa propia de un varón contra Atenas—. Nótese acá otra vez la oposición de Atenas al amazonismo femenino, que resalta de nuevo en este punto: según el testimonio de Arriano (7, 13), todos los que alababan en discursos a los caídos en la guerra mencionaban en especial la batalla de los atenienses contra las Amazonas (así Isócrates, *Paneg.* 19; Lisias, en la oración fúnebre). La batalla contra las Amazonas no estaba representada con menos figuras que la batalla contra los persas, y en el vaso de Darío los dos enemigos aparecen unidos. Así Artemisia, junto a Jerjes, podía recordar las antiguas guerras contra las mujeres y provocar de ese modo el patriotismo ateniense. En conexión con el carácter amazónico de las reinas carias ganan nuevo significado las representaciones de Amazonas del Mausoleo que han pasado al Museo Británico (Gerhard, en el *Archäol. Anzeiger* 16, 210 s., menciona también representaciones de Atalanta y de Dido). — Como Artemisia, también Ada aparece con frecuencia. Su nombre debe, por tanto, como aquél, enlazarse con la misma raíz; y en verdad con una raíz en la que los jonios, tan cercanos a los carios (Herod. 1, 142), suprimen la lambda inicial del nombre: «[†]». En cuanto al sentido, entonces, Ada coincide con Kandace, y la atribución del título de madre de parte de Alejandro concuerda por completo con el

significado de la palabra. Hesiquio: «[†]», *Ada*: **el sauce**, y entre los babilonios **la tierra**, y en Tirinto **la tierra**—. **Todos esos significados son efluvios de una misma idea fundamental. La unión del sauce con Hera en la fiesta samio-caria «[†]»** (Ateneo 15, 671; *Fr. h. gr.* 3, 104). Y como **sacerdotisa de esa madre de los sauces carios** es nombrada «[†]», la que vuelve también como **sacerdotisa argivo-pelásgica de Hera** y como **Amata** en Italia, al lado de **Dido**. Sobre la **Hera babilónica y su significación lunar**, Voss, *De idol.* I. 2, c. 6; Alberti a Hesiquio, voz. — **Al par Ada-Lada se enlaza el nombre real cario «[†]»**: Esteban Bizantino, [†], ciudad de Caria, donde «[†]»; y **los carios llaman «[†]» a la hierba**, y «[†]» **al rey** (Estrabón 13, 611; *Fr. h. gr.* 4, 475). **La F está antepuesta al radical las como refuerzo**, como en *glæsa* (Plinio: el *glas*, nombre del ámbar; piénsese en *larix*, nombre de la conífera más rica en resina), *glacies*, γλακιν, *glanis* y otros. Así se antepone muchas veces la G: **Wodan-Gwodan** (Paul. Diac. 1, 9), «[†]» en Esteban Bizantino, *noscere-gnoscere* (Grimm, *Gesch. d. d. Spr.* p. 1020), **Ermin, Armin-German** (Grimm, p. 825), etc. Con «[†]» se relaciona «[†]», **el rey pelasgo** que nombran juntos Esquilo y Plutarco en el *Pirro*, y probablemente también el *clan* escocés. Sobre **Ada** como nombre de la **hetaira babilónica**, Movers, *Phoenicier* 1, 199 (cf. Curcio 5, 6); sobre **Adna**, la esposa impúdica de **Nemrod**, Movers 1, 472; **Adana**, ciudad árabe (Esteban Bizantino, voz), y **Adana**, isla árabe (Plin. 6, 34); «[†]», isla caria en la desembocadura del Meandro, junto a Mileto. Sobre **Lad, Lada** en las inscripciones licias, Fellows, *Discoveries in Lycia*, p. 475; Preller, *Myth.* 2, 64.

La parábola: Candace y Ada

Vemos ahora qué exacta correspondencia domina el encuentro de Alejandro con Ada y el suyo con Candace. Allí hay un acontecimiento histórico; acá, una ficción. Pero la ficción sigue las concepciones que en aquél se revelan como derecho de las estirpes del Asia anterior. En ninguna parte del mito de Candace está el punto de vista ginecocrático que domina todo el relato tan claro como en esa escena, donde la reina desea tener por hijo al vencedor para reinar por él: el título de madre como expresión religiosa que designa la alteza misma de la maternidad. Ada parece remontarse a *Lada*, la designación materna licia, y sumarse así a las muchas formas con que se nombra a la madre.

La parábola de los dos sucesos es en varios puntos sorprendente. Curcio remonta la entrega del gobierno a la reina viuda a Semíramis: desde esa princesa se habría vuelto habitual la ginecocracia. El mismo pensamiento tiene la presentación de Candace como bisnieta de la reina Semíramis, de la cual se diría que tomó su nombre la ciudad real. Así también en este punto el mito de Candace aparece como expresión de una concepción muy difundida, que ponía toda ginecocracia en conexión histórica con el nombre famoso de la reina amazónica eternizada en el Asia anterior por tantos monumentos (véase la colección de testimonios en Baumgarten, *Uebersicht der allgemeinen Weltgeschichte* 3, 561 s.). De Semíramis se hablará todavía en especial más adelante.

También en el número de los hijos concuerdan Ada y Candace; y si esta coincidencia pareciera irrelevante por el carácter típico del número tres, se añade que de los tres hijos de Candace sólo dos

aparecen con relieve, que uno es adicto a Alejandro y el otro a Poro, y que por último también en el mito de Candace se ha conservado la mención de hermanas. Julio Valerio 3, 59 da las palabras: «**Agebat in convivio (Alexander) Candauli sororis**» —Alejandro tenía en el convite a la hermana de Candaules—. Mai corrige ahí *Candaulis soror*; Müller, *cum Candaulis sororibus*, para lo cual se propone *cum Candaulis fratribus*, porque la recensión griega del código B. da «[†]». En este último giro me parece haber una desviación de la presentación originaria. Tengo por correcta la lección del código ambrosiano latino: la hermana de Candaules es a la vez su esposa. Según la concepción egipcia, hay acá un matrimonio entre hermanos, como el que muestra también la casa real caria. Sobre la procedencia de la mujer de Candaules no da el mito ninguna indicación, mientras que a la mujer de Corago se le asigna a Poro como padre. Si ya esto indica que aquélla no puede ser ajena al linaje, lo confirma que según el código B. (P.-C. 3, 23, p. 133 Müller) Candace llama a la mujer de Candaules rescatada «[†]» —hija—: «[†]».

El nombre ■ρσιν■η está en el código C.; el código B. da «[†]»; A. «[†]»; Valerio, *Margie, nurus suavissima*. De todas esas variantes me parece resultar como nombre originario *Marpia* o *Marpisa*, que luego, en relación con la suerte sufrida, se cambió en la palabra «[†]». Y esa circunstancia no es insignificante, porque equipara a la hija robada de Candace con la Marpisa arrebatada por Idas, hija de Evano y de Alcipe (el mito lo cuentan Plutarco, *Par. min.* 40; Apolod. 3, 10, 3 y 11, 9, 556 s.; escolios a 559; Eustaquio p. 776; Tzetzes a Licofrón 562, en Müller 2, 680; Paus. 4, 2, 5 y 5, 18, 1).

De ahí se explica ahora también la injerencia de los bebrícios en el mito de Candace. Pues éstos, que como los **geltas** posteriores pudieron llegar de los Pirineos al Asia anterior, son remitidos al **Ida troyano** (Tzetz., *Lyc.* 516 y 1305; Amiano Marcelino 22, 8; Plut., *Mul. virt.*, *Lampsace*), y lo mismo a **Éfeso, Magnesia y Bitinia** (Engel, *Cyprus* 2, 462). Así como en otro tiempo **Idas** —superior a Apolo en fuerza— robó a **Marpisa**, ahora la hija de Candace, del mismo nombre, es arrebatada con violencia por el rey bebrício **Evágrides** (Müller p. 149; en el mito de Heracles, **Ámico**; Marini, *Iscriz. Alb.* 153). **Tzetzes iguala a los bebrícios con los misios** (1305), y por éstos somos llevados de nuevo a los **carios, hermanos de los misios** (Herod. 1, 171). Pero también así pierde su inconsistencia la injerencia de las amazonas en el suceso: según el Pseudo-Calístenes, el raptó ocurre durante la expedición que **Candaules y Marpisa** emprenden para celebrar la fiesta anual entre las amazonas. El parentesco con las amazonas corresponde por completo a la figura de aquella **Marpisa hija de Evano**; pues ésta, por su madre **Evipa**, se remonta a **Enómao**, y su padre la condena a una vida amazónica, sin varón. Del todo amazónica aparece también aquella **Marpisa** cuyo mito tegeata la pone en la más estrecha relación con el culto de «[†]» (Paus. 8, 47, 2 y 8, 48, 3). El nombre mismo se enlaza con el dios «[†]»-**Marte**, cuyas hijas son presentadas como las amazonas; de suerte que la unión de la hija de Candace con las belicosas servidoras de Artemis queda justificada por todos lados. **Marpisa**, además, no aparece sólo como mujer de **Idas**, sino también de **Meleagro** (Paus. 4, 2, 5), de modo que se extiende hasta la **Etolia gineocrática**, así como por su hija **Cleopatra** recuerda de nuevo a **Egipto**. **Idas**, por su parte, es llevado a **Misia**: cuando quiso despojar del reino a

Teutras, rey de Misia, fue vencido por **Télefo** y **Partenopeo** (Higino f. 100). En esta leyenda aparece la Misia bebrícia, emparentada con Caria, otra vez como ginococrática: pues **Partenopeo** se da a conocer en su nombre como hijo de **doncella**, igual que el mancebo de Atalanta, y de **Télefo** se destaca en especial que, buscando a su madre, llegó a Misia.

De todos estos rasgos resulta que algunos puntos del mito de Candace están tomados de la leyenda de Marpisa, hija de Evano, nativa del Asia anterior, y que para ambas figuras homónimas se admitía una relación interna, que a su vez reside sólo en la misma posición ginococrática de las dos. Tanto más notable es entonces que, como en la casa real caria, también en el mito de Idas se destaque con tanto énfasis la fiel adhesión de la mujer a su esposo (cf. Pericltione, «[†]», en Estobeo, ed. Meineke, t. 3, p. 144). Si Marpisa, después de que Zeus le concediera la elección de marido, prefirió a Idas sobre Apolo, llora, robada por éste, como Alcíone por Ceix, la separación del esposo amado, y por eso los padres la llaman Alcíone: un nombre que Artemisia también habría merecido. En Pausanias 4, 2, 5 se quita la vida ella misma en el furor del dolor. La concordancia de este mito con la pintura que Estrabón hace de la muerte de Artemisia y con la conducta de las mujeres carias frente a los conquistadores jonios (Herod. 1, 146) muestra que la leyenda se adhiere también en esos puntos a las condiciones reales de la vida, y da nuevo significado al relieve de la viudez, tal como aparece en aquella Marpisa tegeata. En conexión con eso, las plañideras carias aparecen bajo una nueva luz (Suidas, «[†]»; Hes., «[†]»; Platón, *Legg.* 7, 800). Con el predominio de la mujer se enlaza interiormente el modo menor de la música fúnebre caria, y asimismo el carácter de la

elocuencia caria (Cicerón, *Brut.* 95; *Orat.* 8, 23 y 18, 37; *De opt. gen. or.* 3, 8). Pero también la siguiente observación de **Agatárquides de Samos** en Plutarco, *De fluv.* 9, 3, se enlaza de modo significativo: «[†]» —en el río **Marsias** de Caria hay agua de tal naturaleza que quienes beben de ella, en el santuario de la madre de los dioses, se vuelven **dulces y nunca riñen insensatamente, sino que aman a sus prójimos y abrazan a los que tienen delante**—.

Con esta importancia de la mujer, es claro que la mención de la Marpisa rescatada por los macedonios no podía faltar en el **banquete celebrado en honor de su libertador**, tanto más cuanto que la presencia de las mujeres carias en los festines de los **guerreros está expresamente atestiguada** (Plut., *De mul. virt., Melia*).

§ 91

El certamen de sabiduría

Así como hemos reconocido el enlace del mito de Candace con hechos históricos y con leyendas antiquísimas de los países del Asia anterior en una serie de rasgos singulares, y en todas partes hemos encontrado los pensamientos de la edad gineocrática, así también la naturaleza del certamen que se entabla entre Alejandro y Candace está pensada y ejecutada por entero a la manera de aquel encuentro de la reina de Saba con el poderoso y espléndido soberano de Israel. Con enigmas y cuestiones prueba la mujer a Salomón, y sólo cuando ha reconocido en su solución la sabiduría del príncipe celebrado, proclama dichoso al pueblo cuyo trono